

ENCUENTROS EN VERINES 2014
Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

MICRORRELATOS, SINOPSIS Y POSTALES

Beatriz Alonso Aranzábal

La invitación a debatir cerca del mar y bajo un techo indiano sobre el auge de las formas breves en la literatura llega, en mi caso, en un momento en que echar la vista atrás y hacer balance es más que nunca necesario. Mi vida literaria propiamente dicha arranca cuando el siglo XX se acaba, y avanza en el nuevo siglo marcado por la violenta (por qué no) irrupción de internet en nuestras vidas. Antes fui un cúmulo de lecturas, de sesiones continuas de cine, de ensayos y aspiraciones musicales. Pero sobre todo, una vida que avanzaba sin respiro y que en realidad conformó (y conforma) el material sobre el que se sustenta mi literatura. La vida que vives, la de lo cotidiano con sus alegrías y reveses y que a veces parece un trámite (a la espera de no se sabe bien qué). Y resulta que es al contrario. La literatura es un trámite, es compañía, envoltorio de la vida.

Voy a compartir a continuación algunas reflexiones desde mi experiencia como escritora y lectora, como psicóloga y observadora de lo humano.

1) A lo breve se llega de viejo.

O de mayor. O debería ser así. Cuando la energía inagotable de la juventud permite un pleno uso del cuerpo y de la mente, se escribe con fuerza, se avanza en muchas direcciones, todo es caudal. No se puede contar en pocas palabras lo que desborda el día a día, que es largo y está plagado de emociones, sorpresas y desdichas. Cuando uno empieza a escribir no debería hacerlo de forma contenida, sino dejarse llevar hasta la extenuación, para que salga a flote lo que uno quiere contar sin saberlo. Ser mayor es haber acumulado años, y al menos para un escritor o artista debería importarle un pimiento la edad. Ser mayor ahora no es lo mismo que hace cincuenta años, cuando yo nací. El desgaste físico es menor, no hay más que ver las fotografías de nuestros antepasados. Pero algo está claro: sabes. Has aprendido. Y sabes lo que sobra (también lo que falta). Sabes pulir, podar, tienes arte y oficio, y puedes convertir miles de actos, observados y vividos en un solo vocablo, en una frase. Puedes escoger el epíteto que dice mucho y no está de más, puedes borrar el adjetivo pretencioso. La escritura, en sus formas breves, se beneficia de la madurez.

2) Todo auge trae consigo su caída. Pero no su desaparición.

La literatura breve está viviendo un auge y teniendo una gran repercusión en el inicio del siglo XXI, primero en páginas web, luego en los blogs, ahora en las redes sociales. Las grandes frases, de autores o personajes conocidos, reales o falsas, se repiten como el eco. Se convierten en un balido social de gran repercusión. Corren como la mecha prendida de las viejas películas del Far West, aunque no conducen a una explosión, se apagan solas. Los aforismos, los micro y nano relatos, incluso los chistes malos, las advertencias y las consignas llegan a nuestros ojos a través de las pantallas de ordenadores, móviles y ahora tablets. Ocupan nuestra atención. La atención: uno de los más potente reforzadores del ser humano.

Por eso nos lanzamos a escribir y a propagar, sin el menor sonrojo, esas líneas que esperan la respuesta social. Un pensamiento resumido en dos o tres frases (para qué desarrollar un largo ensayo). Un aforismo de nuevo cuño (no bien contrastado). Un haiku improvisado (sin suficiente calado). Un nanorrelato donde menos palabras es más (aunque sea intrascendente). Un chiste (disfrazado de microrrelato). Todo breve, desplegado inmediatamente, buscando la conformidad de la red, el aplauso momentáneo, en un alarde de creatividad.

Sí. Todos escribimos. Todos aprendimos a escribir en la escuela. Todos leemos. Todos leíamos de niños y de jóvenes porque era una de las principales fuentes de placer en los ratos de ocio, cuando casi no había televisión y no existían los ordenadores. En nuestra sociedad actual, escribir literatura se presenta como una capacidad más al alcance de cualquiera, especialmente lo breve en todas sus extensiones. ¿De dónde ha surgido esta ilusión? Bajo mi punto de vista, de las posibilidades que ofrece Internet:

- Publicación inmediata (facebook, twitter, bitácoras, etc.)
- Feedback inmediato (a menudo positivo, es decir, una recompensa)
- Establecimiento de nuevas redes sociales en torno al género
- Establecimiento de relaciones cercanas con personas afines
- Participación en juegos y concursos (lo lúdico, incluso lo adictivo)

A los niños tratamos de enseñarles la tolerancia a la frustración, a no obtener la recompensa inmediata y a saber esperar, desear, y por fin alcanzar. Nosotros los adultos no toleramos la frustración y miramos compulsivamente nuestros dispositivos móviles. Ahora nos lanzamos a escribir rápido, y a publicarlo de inmediato. Claro que hay auge, cómo no va a haberlo.

La proliferación de concursos de microrrelatos y la amplia oferta de talleres de escritura estimulan la creación y la participación de un gran número de personas que quizás nunca se plantearon escribir como forma de ocio o alimento personal. La posibilidad de descubrirse como autor, de tener un libro editado en papel ha llenado muchos horizontes personales de ilusión y esperanza. Pero me temo que esa llama es endeble y se apaga sola muy pronto: la inmediatez, como valor estimulante para escribir y recibir respuesta social, también se vuelve en contra al convertir rápidamente en pasado lo que acaba de ser actualidad.

Hace unos años se pusieron de moda los blogs de microrrelatos, y a menudo tuve la sensación de asistir a una orgía de autocomplacencia. Faltaba espíritu crítico y constructivo, y se elevaba a algunos a los altares (a unos más que a otros) sin razones a mi entender que lo justificaran. Actualmente se percibe un cierto cansancio y una gran disminución en la actividad de este tipo de blogs.

He sido participante en muchos concursos de microrrelatos, que pedían desde 100 hasta 6 palabras. Me han servido como estímulo, como reto y desafío, como obligación para no dejar la tarea, y en definitiva me han permitido reunir una colección. Sin embargo en los últimos años me desanimó a seguir haciéndolo los criterios de muchos jurados de concursos que a mi parecer no eran profundos conocedores del género.

Los concursos, cuyo número actualmente no sé catalogar, están perpetuando el auge de la escritura de ficción breve. Y el mundo se ha llenado de microrrelatos. Le llaman éxito a recibir miles de ellos en una convocatoria, y yo no sé qué valor tiene una avalancha de "papeletas": al fin y al cabo es como entrar en un bombo de sorteo. Yo veo como un gran iceberg donde sobresalen unos cuantos autores (cada vez más) y por debajo una masa de enormes proporciones compuesta de todo tipo de

microrrelatos. ¿Hacia dónde avanza? ¿Crecerá o se irá diluyendo?
Disculpen la trillada metáfora del iceberg.

3) Sobre trucos del almendruco o engañosos.

Se construyen microrrelatos utilizando los mejores materiales: ladrillos compuestos de términos evocadores, inusuales o brutales. Se levantan ficciones breves con apariencia de excelencia. Se imponen bellas fachadas. ¿Pero y el frío o la indiferencia que producen en el futuro lector? La fachada debe cobijar una historia. Una historia es lo que los humanos queremos que nos cuenten. Nos pasaríamos la vida contándonos historias: de mí, de ti, de aquél, de nosotros, de vosotros, de ellos. Para luego reír o llorar, soñar o dormir.

Las palabras por sí solas no son nada. Son todo y son nada. Y en un microrrelato su presencia es determinante. Se ven con una lente de aumento. La construcción del microrrelato es un juego literario ambicioso y pulcro, en el que transmitimos algo que merece la pena ser contado.

Por el bien del arte de narrar de forma breve deberíamos preguntarnos si nuestro juego de palabras aporta interrogantes a la vida de otros. Escribir microrrelatos debería ser un ejercicio de análisis y concisión que trate de abrir una brecha en los demás.

Con un micro se pueden contar cosas terribles disfrazadas de chiquilladas. Y cosas simples disfrazadas de envidia. Hay trucos y disfraces, apariciones y desapariciones en la chistera del escritor. Pero conocido el truco, ¿Queremos volver a verlo/leerlo?

4) Lo breve también tiene enemigos.

Hace poco entré en una librería de una calle muy comercial de Madrid. Buscaba un libro de relatos (de Alice Munro, en concreto) y cuando pregunté a la dependienta dónde estaba la sección exclamó que no le gustaban nada

los relatos. Entonces añadí que seguro que los microrrelatos le gustaban menos, lo cual corroboró.

Hay ataques furibundos contra la escritura breve. Tan irracionales en ocasiones como la alabanza desmesurada. Es lógico que ante comentarios de “genial, brutal, excelso y magistral”, de clara desproporción con el microrrelato en cuestión, se genere una decepción al no hallar el lector el mismo efecto.

Como hay enemigos para todo, tampoco el microrrelato se iba a librar. Uno puede declararse enemigo de la ópera, del heavy metal, de la copla o del fandango. Y no por ello estas manifestaciones humanas deben desaparecer. Con los libros de microrrelatos yo no puedo darme un atracón. Es una experiencia paradójica porque cuanto menos hay escrito más tiempo ocupa en la cabeza, exige una reflexión inmediata, y una valoración después. Y puede ocurrir que ésta no sea positiva, que sea decepcionante. Y se te quiten las ganas de continuar. La principal dificultad de lo breve, como lectora, es que a diferencia de una novela o un relato largo te impide mantenerte en una nube lejos de la realidad circundante o próxima al sueño, por eso es una lectura para determinados momentos.

La ficción breve requiere verdad y no necesita pose, simulacro, soberbia o necesidad. Como, por otra parte, ocurre en cualquier ámbito de la vida social y de la producción humana.

5) En defensa del microrrelato.

Recientemente ordené todos los microrrelatos que en los últimos quince años he ido escribiendo. Mi idea era convertirlos en un volumen, encerrarlos ahí, dejar que todo eso que pasó exista en un lugar único y no sólo en viejas páginas de internet que, como la basura espacial, terminan flotando a nuestro alrededor (y ya no a nuestro alcance). En breve saldrá publicado.

Al releer cada relato mío vuelvo al motivo, al origen y a la idea que lo lanzó. Cuando los releo me tropiezo con mi vida. Han adquirido el valor que tienen las fotografías para mi memoria, que son de gran ayuda. Sólo por esto sé que nunca dejaré de escribir. Por el reencuentro. Por la sorpresa, a veces. Chin chin. Salud.

Y ahora que “La vida es una palabra muy corta” está a punto de entrar en la imprenta, me doy cuenta de que el mundo que reflejaba era más bien extraño y surrealista, y ahora cuando escribo el mundo sigue siendo extraño, pero más cercano a veces al horror. La escritura te permite contar lo que ves y lo que te llega, y sobre todo poner al mundo en su lugar cuando el mundo mismo no quiere hacerlo. Las ficciones breves permiten condensar varias ideas y llegar a un público amplio de forma más inmediata.

6) El microrrelato convertido en herramienta social.

Lo que representa un auge es la forma en que el público en general se ha lanzado a la escritura de relatos. A veces me parece que la microficción constituye un factor aglutinador de personas y no un afán de hacer literatura. A veces parece un hobby compartido, un juego común, un desafío, y no hay una aspiración literaria propiamente dicha. A veces se usa como puerta para entrar en la Literatura con letras mayúsculas, a la que se llama con varios toques de atención en forma de microrrelatos. “Ábrete, Sésamo” decimos. Y la cueva oscura de la literatura se abre para que hagamos nuestra entrada.

7) El microrrelato como herramienta terapéutica.

En mi trabajo como psicóloga con personas con enfermedad mental grave y duradera tuve ocasión de desarrollar talleres de microrrelatos, que fueron acogidos con gran interés y participación. Cada semana un nuevo reto obligaba a los usuarios del Centro de Día a redactar unas líneas que

facilitaban la expresión escrita, la lectura, el intercambio de impresiones, la atención, la memoria y la satisfacción personal.

En general, ponerse a escribir es para muchas personas darse un tiempo para la reflexión y el juego, y mientras se escribe se vuelve al tiempo de la infancia y a la escuela, cuando se podía invertir tiempo en dibujar y colorear, redactar y poner un punto final.

¿Es esto literatura? Probablemente no, pero será el germen de nuevos descubrimientos y en muchos casos permitirán que más adelante salgan a la luz relatos de indudable valor literario.

8) Una mirada atrás a mi trayectoria.

Los relatos cortos siempre han estado presentes en mi vida: mi padre, Jose Manuel Alonso Ibarrola, publicaba sus “Historias para burgueses” y sus “Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley” cuando mis hermanos y yo éramos niños. Luego tampoco hice mucho caso: los hijos adolescentes vamos a la oposición, a la contra. Yo iba a la música punk y nueva ola, a la creación musical, a las letras de canciones. Sólo la madurez y convertirme en madre me devolvieron a la inexcusable velocidad de la vida y a la certeza de que hay que hacer, ya y de una vez, lo que lleva tiempo aguardando dentro de una. Y dentro de mí la escritura latía fuertemente (desde la Escuela italiana de Madrid), pero no lo supe hasta que no empecé a escribir, y empecé con relatos largos a finales de los años noventa. Además, instalé uno de aquellos routers lentos y ruidosos que nos conectaban a muy baja velocidad con internet. Aprendí a crear páginas web y monté mi propio sitio, Cartas Sin Sellos: “un lugar de encuentro para los amantes de las palabras, de la correspondencia y de la comunicación sincera”, a finales del año 2000. En ese espacio recibía cartas de todo el mundo de habla hispana que me esforzaba en editar para que no tuvieran ni una sola falta de ortografía. Por aquel entonces descubrí un concurso en una página web que se llamaba

RealizArte, que pedían relatos de 33 palabras. Me gustaba mucho y ahí mandé uno de los ya legendarios míos: Despedida. El arte de contar algo grande en un espacio pequeño prendió en mí y desde entonces empecé a cultivarlo.

El camino ha sido duro porque hasta que no empiezas a andar no puedes tropezar, es decir, conocer los escollos que te vas a encontrar. Desde la vergüenza de hacerlo público, pasando por las críticas a veces feroces, pasando por el silencio y los vacíos inesperados, hasta llegar a ver tu voz y reconocerla, y a recibir esa aprobación ajena a todo condicionante y fuera de la amistad en el sentido amplio y menos verdadero del término.

9) Experta en sinopsis.

En el año 2000 asistí a un curso de guión de cine en el que aprendí a pulir, a decir sin diálogos, y a poner la guinda, como nos dijo el profesor que hiciéramos para “cerrar” los relatos. Fue un curso de dos semanas en el que aprendí tantas cosas válidas como escritora, guionista y persona, que no puedo dejar de mencionar al profesor Juan Miguel Lamet, que nos acaba de dejar a los 80 años. Fui a aprender a escribir un guión de cine, a adquirir la técnica, porque intuitivamente ya lo sabía hacer. Desde niña fui una ávida espectadora de cine, y tenía muchas películas dentro de mí. Y cuando supe del concurso de guiones de cortometraje de la revista Fotogramas con Renfe mandé un epílogo de mi película favorita titulándolo “Breve reencuentro”. Aquel guión fue publicado en 1999 tal cual en la revista, a doble página y con ilustraciones. En aquel curso lo más sorprendente fue que el profesor nos puso a trabajar con un libro del escritor y guionista italiano Cesare Zavattini, que estaba prologado por mi padre, y fue allí donde aprendí que lo importante es contar historias. Y aunque la primera lección es que en el guión de cine no cabe la literatura, antes de escribirlo es necesario hacer un poco de literatura: saber narrar y escribir, saber dónde empezar, y cómo

cerrar una historia. Aprendí que hay que ser capaces de contar una película oralmente, y luego reducirla a unas cuantas frases escritas (o sea, hacer una buena sinopsis).

Aunque probé a trabajar como guionista, jamás tuve una oportunidad. Mandé muchos CV a productoras y televisiones, pero ya entonces no debía de interesar una psicóloga de 35 años, me decía a mí misma. Entonces decidí hacer cortometrajes (cine breve) a partir de mis relatos, y pude filmar un documental ("Voy para contento", 2005), un corto inspirado en "Un beso al aire" ("Los aviones no saludan", 2007) y un corto basado en "Papiroflexia", del mismo título (2009). Todo esto gracias a la colaboración de quienes me brindaron su ayuda y sólo con mi esfuerzo personal y económico.

En resumen, los formatos breves me han permitido poder realizar cine y escribir dentro de una vida profesional ajena al mundo artístico y literario.

10) Adiós cartas y postales, hola mensajes instantáneos.

También las cartas, la correspondencia privada, ha sufrido su transformación y las largas misivas que se recibían con anhelo, se leían con placer y se contestaban con premura, se han convertido en mensajes que se escriben sin revisar, se leen de una ojeada y se responden o no (o incluso sale una respuesta automática). Ahora las cartas son breves y se mandan por correo electrónico u otras aplicaciones informáticas. Es cierto que quedan románticos de la correspondencia y usan el correo electrónico para compartir un poco de vida con su destinatario. Pero la intimidad de los correos privados a menudo se diluye en compartir estados de ánimo de forma pública y con múltiples destinatarios como en las redes sociales. A este paso, nuestra vida no va a guardar ningún secreto. No dejaremos misterios que resolver a nuestros descendientes. Google nos dará la respuesta sobre dónde estábamos en cada momento y qué nos preocupaba verdaderamente.

Las postales del siglo XX podrían considerarse como microcartas que se enviaban para resumir un viaje o mandar recuerdos desde un lugar lejano. Hace dos meses compré en A Coruña una postal para una amiga convaleciente. La encargada del estanco, donde había pocas y viejas postales, me dijo que ya no se venden. Comprendí lo anticuado del gesto. Y busqué un buzón.

PD 1: además de un email, recibí una invitación por carta para este Encuentro. Siempre agrada esperar al cartero.

PD 2: este documento tiene 3119 palabras (deformación profesional del microrrelatista).

Madrid, 12 de septiembre de 2014